

ISSN Digital 1853-7073

DOCUMENTO DE TRABAJO CESPA

Número 54 | Marzo 2018

**“A propósito de los 30 años
de democracia: un comentario tardío”**

UNA PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas



CENTRO DE ESTUDIOS DE LA SITUACIÓN Y PERSPECTIVA DE LA ARGENTINA

Facultad de Ciencias Económicas – Universidad de Buenos Aires

Documentos de Trabajo Comentario al libro de Mario Morando, **Frigerio, el ideólogo de Frondizi, Apogeo, ocaso y renacimiento del desarrollismo argentino**. A-Z editora, Buenos Aires, 2013. N°53 – Marzo 2018

ISSN 1853-7073

Profesora. Investigadora Dr. Alberto Müller¹

¹ Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Centro de Estudios de la Situación y Perspectiva de la Argentina. Buenos, Argentina.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

AUTORIDADES DE LA FACULTAD VINCULADAS
CON LOS INSTITUTOS DE INVESTIGACIÓN

DECANO

Dr. Ricardo J.M. Pahlen

SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN

Mg. Adrián Ramos

**CENTRO DE ESTUDIOS DE LA SITUACIÓN
Y PERSPECTIVA DE LA ARGENTINA**

Dir. Dr. Alberto Müller

DOCUMENTO DE TRABAJO

“A propósito de los 30 años de democracia: un comentario tardío”

Alberto Müller²

INTRODUCCIÓN³

En el número 209-210 de “Desarrollo Económico” (Julio-Diciembre de 2013), un artículo de Pablo Gerchunoff – a raíz de los 30 años de democracia en Argentina – fue propuesto por el Comité Editorial de la revista como el puntapié inicial para un debate (Gerchunoff, 2013). Convocatoria atendible, pero que tuvo muy poca respuesta; sólo Juan Carlos De Pablo aportó una nota breve, publicada un año y medio después, donde ensaya una reflexión acerca del rol de los economistas profesionales, de alguna forma “imputados” por los sucesivos fracasos que vivió la economía en estas tres décadas⁴.

Esta única y escueta intervención brinda una justificación para retomar el debate ahora, 5 años después. Gerchunoff es un permanente y reconocido analista de todo el período, y que tuvo alguna oportunidad incluso de intervenir en las prácticas gubernamentales; es además, sin duda, una mente aguda y penetrante. Todo esto hace que su contribución tenga valor e interés de por sí.

¿Hay algún mensaje de fondo en el análisis de Gerchunoff? El planteo inicial – “reflexiones a los x años, donde x es un múltiplo de 10” – parece sugerir algún tipo de evaluación comprensiva, de ésas que saben hacer los grandes historiadores empleando pocas frases (en eso, Eric Hobsbawm es un maestro). Sin embargo, el relato de Gerchunoff no es más que eso, un relato, conteniendo interpretaciones puntuales. No hay reflexiones conclusivas, ni evaluaciones comprensivas; Gerchunoff se manifiesta incluso escéptico acerca de la utilidad de las lecciones de la Historia. Esta omisión no es en sí motivo de crítica; cuando mucho, es la mera manifestación de una expectativa no cumplida, del autor del presente comentario.

² Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Centro de Estudios de la Situación y Perspectiva de la Argentina. Buenos, Argentina.

³ Agradezco, con las salvedades habituales, los comentarios de Teresita Gómez y Julio Ruiz.

⁴ Véase De Pablo (2014), y la respuesta de Gerchunoff (2014).

El propósito de este texto es doble. Por un lado, detenerse en algunos tópicos de este relato e interpretación de hechos, para manifestar acuerdos y desacuerdos y señalar omisiones, anticipando que habrá tantos de unos como de otros. En segundo lugar, intentamos decantar de lo ocurrido en estos 30 años algunas reflexiones más ambiciosas.

El estilo del texto será similar al de Gerchunoff, esto es, privilegiar la soltura y evitar el apego estricto a pautas académicas.

Antes de comenzar, una nota “metodológica”. Gerchunoff subtitula su trabajo “La crítica, la compasión y la empatía en el método de la historia”. Con esto, además de alguna breve mención en el texto, nos quiere explicar la forma con que se aproximará a su relato. Lo que quiere decir – y así lo refuerza con una cita inicial de las memorias de Raymond Aron – es que intentará explicar lo ocurrido poniéndose en el lugar de los protagonistas. En los términos de Aron, “¿qué podría hacer yo en lugar del que gobierna?”. La palabra clave es “empatía”, el situarse en el lugar del otro, saber “leer” al otro. De los tres términos empleados en el subtítulo, “crítica” es probablemente el menos apropiado para reflejar este abordaje.

Esto explica en buena medida el tono de su exposición, alejado de cualquier acento próximo a la crispación, además de que no deja traslucir algún posicionamiento.

ACUERDOS, DESACUERDOS, OMISIONES

Una tesis central del análisis de Gerchunoff es que las tres décadas de democracia asistieron a tres patrones distintos de política económica: La social-democracia alfonsinista, el neoliberalismo de Menem y De La Rúa, y el *cocktail* popular-desarrollista del kirchnerismo. Estos tres ciclos se vieron jalonados por grandes crisis económicas.

Para comenzar, un disenso. Entendemos que el intento genuinamente social-demócrata del alfonsinismo existió, pero fue algo muy breve; duró lo que la gestión de Bernardo Grinspun. El abordaje cambia sustancialmente con la llegada del equipo de Juan Sourrouille (en lo que fue la primera incursión en las instancias decisorias del propio Gerchunoff). A partir de allí, es evidente la inclinación por soluciones que apuntan al Estado como uno de los principales responsables del estancamiento del período, como así también a las insuficiencias de un

empresariado acostumbrado a la búsqueda de protección, todo esto muy en línea con el diagnóstico que sostendrá las reformas de la década siguiente.

Asociar la gestión del ministro Juan Sourrouille a un patrón social-demócrata “clásico”, diferenciado del que surgiría con el próximo gobierno, parece cuanto menos forzado. Si incorporemos la torsión hacia el neo-liberalismo que la social-democracia europea ya estaba atravesando (pensemos en la cercanía al gobierno argentino del Partido Socialista Obrero Español de Felipe González), esta denominación sería más ajustada. Más allá del término y sus posibles significados, lo importante es que existen más elementos comunes que diferenciadores entre el diagnóstico que sostuvo la gestión de Sourrouille y el del período siguiente.

No está demás señalar que en sus memorias, el propio Alfonsín no se aparta de la idea de que las reformas eran necesarias. Esto, nótese bien, en un libro publicado en 2004, cuando estaban a la vista los resultados del mayor programa de reformas en América Latina. No se formulan en ese libro críticas al programa económico de la Convertibilidad⁵.

Es cierto que Alfonsín y un sector de la Unión Cívica Radical se declararon próximos a la Internacional Socialista, no así el menemismo. Pero esto no refleja diferencias de fondo.

Gerchunoff señala correctamente que este estancamiento es también fruto del no reconocimiento por parte de la banca internacional y del gobierno estadounidense de que la deuda externa era impagable. Esa constatación – para la que el ex – presidente cubano Fidel Castro alguna vez dijo que no hacía falta saber Economía, sino solo Aritmética – recién tomó cuerpo en esos ámbitos a principios de los años '90, cuando a través del Plan Brady, el gobierno estadounidense decidió intervenir, gestando una salida que apuntaló a la banca de ese país, al tiempo que planteó imposiciones a los deudores, algo que suele hacer todo acreedor.

Pero para el equipo de Sourrouille, la deuda no era el problema fundamental. El *quid* pasaba por la noción de que el modelo desarrollista sustitutivo estaba agotado a mediados de la década de 1970. Así lo sostuvo en el documento que como Secretario de Planificación publicó ya en 1984⁶. Se dio la extraña paradoja de un gobierno que enjuició a la dictadura militar por crímenes de lesa humanidad – una suerte de cuasi epopeya, con los esperables vaivenes –, pero que absolvió de culpa y cargo a la política económica de aquélla, en particular a la gestión de José A. Martínez de Hoz, un Ministro de Economía con permanencia récord en el cargo, desde por lo menos la Revolución Libertadora. Como puede comprobarse sin

⁵ Alfonsín (2004).

⁶ Secretaría de Planificación (1984).

dificultad, la gestión del quinquenio 1976-1981 merece el calificativo de desastrosa, cuando se compara el razonable desempeño del período anterior.

Es más, Gerchunoff parece suscribir la rebuscada tesis de que Martínez de Hoz fue “populista”, algo que sostuvo en su momento Guido Di Tella, al señalar su escasa vocación reformista. Esta lectura nos llevaría a concluir que el fracaso de Martínez de Hoz sería entonces una evidencia más del fracaso desarrollista (o populista). La crisis de 1982 reeditaría entonces el “Rodrigazo” de 1975.

La dictadura excede los 30 años bajo análisis (por definición), y más aun los excede el período de la industrialización sustitutiva, de manera que no abundaremos sobre este tema; pero diremos lo esencial, porque es importante. El patrón desarrollista distaba de encontrarse agotado en los '70. Por el contrario, estaba empezando a dar resultados: las exportaciones industriales crecieron sostenidamente, el campo se despertó de su letargo de la mano del desarrollo de la soja y los híbridos, y la economía no tuvo crisis del tipo *stop-and-go* desde 1964⁷.

Un joven Gerchunoff (asociado a un también joven Juan Llach), señalaba parte de esto en un artículo en “Desarrollo Económico” de 1975⁸. Pero sabemos que la edad torna conservadoras a las personas, y Gerchunoff no tiene porqué ser una excepción. El “Rodrigazo” no es una crisis tradicional de balance de pagos, sino el resultado de un pésimo manejo macroeconómico, fruto antes que nada del conflicto interno que atravesó al gobierno peronista surgido en 1973⁹; de manera alguna fue una crisis terminal del modelo sustitutivo, como sostenía el documento ya mencionado de la Secretaría de Planificación, ni tampoco lo que imperaba en aquel entonces estrictamente un modelo de este tipo, al haber evolucionado hacia un patrón híbrido¹⁰.

Esto lo que reconoce en alguna medida el propio Martínez de Hoz en su discurso del 2 de Abril de 1976, y en parte explica la poca coherencia de su programa; allí coexisten la única reforma importante que realiza (la que atañe al sector financiero) y un conjunto de políticas para las que hemos propuesto en otro lado el nombre de “desarrollismo residual”¹¹. No puede haber dudas, de todas formas, que la dictadura representó un quiebre con relación al período industrializador, en cuanto al desempeño económico; para ello, la reforma financiera fue más que suficiente.

⁷ Véase Basualdo (2010, cap. 2) y Müller (2002).

⁸ Llach y Gerchunoff (1975).

⁹ Al respecto, véase Müller (1990).

¹⁰ Bertola y Ocampo (2013, cap. IV) destacan esta evolución para un conjunto de países de América Latina en el período indicado, al punto que proponen caracterizar lo ocurrido a partir de la Segunda Posguerra como “Industrialización dirigida por el Estado”, y no asociarlo a un modelo sustitutivo más tradicional.

¹¹ Müller (2017).

Pero volvamos al período democrático. Indicamos que la virazón desde la pretensión social-demócrata al modelo neoliberal se inicia antes de 1989, bajo el gobierno de Raúl Alfonsín. Para decirlo en palabras del *marketing* político actual, era “lo que había que hacer”.

En parte, esto es el resultado de lo que Gerchunoff señala acertadamente como el principal propósito de Alfonsín, que es concluir con normalidad su mandato, propósito al que subordinó otras cuestiones, entre ellas la economía. Pero hay algo más: refleja una obsesión de la UCR, la de mantener el electorado conservador que la había apoyado en 1983, electorado aterrorizado por el fantasma del posible retorno del peronismo, y que había posibilitado la primera derrota electoral de éste último. La similitud con la época actual no es coincidencia, entonces.

Pero, para ser precisos, no sólo el Radicalismo había virado hacia posiciones conservadoras. El Partido Justicialista en 1987 contaba nada menos que con Domingo Cavallo entre sus diputados. Ex presidente del Banco Central de la República Argentina en 1982 (esto es, durante la dictadura), había sido un actor importante en la conversión de la deuda privada en deuda pública, lo que explica una parte no menor de la inviabilidad fiscal de esa década. La mutación de Carlos Menem - de populista caudillo riojano a adalid del neo-liberalismo - fue cualquier cosa menos que sorpresiva. Esto, más allá de que su hermano se opusiera durante el gobierno radical a la entrada de capital privado a empresas estatales; porque así es la política.

Cada uno a su ritmo, entonces, ambos partidos mayoritarios convergieron hacia la aceptación de un programa de reformas pro-mercado, de la misma forma como ambos habían adherido al modelo industrializador. En definitiva, una vez más, se trataba de hacer lo que había que hacer.

Vayamos ahora a la reflexión de Gerchunoff sobre el ciclo de reformas de los '90, que comienza en la transición gubernamental y en un contexto de hiperinflación. Destaca su éxito en términos de expansión del comercio exterior, mayor en su ritmo que el comercio mundial, al mismo tiempo que no observa preeminencia de exportaciones primarias. Es una apuesta al crecimiento de la productividad, que podría compensar un tipo de cambio bajo inicial, tipo de cambio que las finanzas - destaca correctamente - vetaron flexibilizar, cuando el ministro Cavallo lo planteó en 1992. Esta restricción, junto con el consabido argumento de que las privatizaciones no quebraron ofertas monopólicas (lo que impidió la difusión de los beneficios del crecimiento de productividad), explica que el aumento del nivel de actividad y del consumo se haya traducido en un rampante déficit comercial, enjugado con endeudamiento externo.

El vuelco de lleno a esta opción reformista “fácil” implicó una rigidez que a la postre desembocó en la quiebra final del sistema, como resultado de crisis de otros países (Rusia, Brasil) que restringieron el financiamiento necesario; como Gerchunoff señala con razón, lo ocurrido a la Argentina en 1994 a raíz de la crisis mexicana había sido una advertencia.

¿Es correcto el diagnóstico de Gerchunoff en cuanto al fracaso de la Convertibilidad? Acordamos en lo señalado acerca de la imposibilidad de flexibilizar el tipo de cambio. Pero más allá de lo señalado por Gerchunoff, podemos considerarlo resultado de dos factores.

Por un lado, la particular combinación de ideologismo discursivo y pragmatismo del ministro Cavallo; su defensa de la Convertibilidad fue basada en un relato fundamentalista (se llegó a decir que la Argentina debería haber vivido siempre bajo el régimen de caja de conversión), pero al mismo tiempo su política distó de ser dogmática; un buen ejemplo es el Decreto 2284/91 (ver recuadro).

Por otra parte, el que el bloqueo de la flexibilización del tipo de cambio haya provenido de las finanzas muestra un gran poder de este sector. En definitiva, fue el resultado del desplazamiento del eje central de las políticas económicas desde lo productivo a lo financiero.

EL DECRETO 2284/1991: UN EJEMPLO DE PRAGMATISMO TRAVESTIDO

En octubre de 1991 se sancionó el Decreto 2284/91 (un DNU *ante litteram*). El mismo fue anunciado como un gran paso sin medias tintas hacia la desregulación para toda la economía. Pero el propósito encubierto fue una devaluación por vía fiscal: se eliminaron las retenciones a las exportaciones, a la vez que se incrementó la Tasa de Estadística para las importaciones. Esto era un reconocimiento de que el tipo de cambio establecido en 1991 ya era bajo (siendo que además bajó más todavía en los dos años siguientes, hasta que se estabilizó la inflación). Sin disponer de una evaluación comprensiva, nuestra hipótesis es que el impacto del Decreto en términos de desregulación fue bastante limitado. Por ejemplo, no alteró la institucionalidad de las oficinas notariales. Quizá el efecto más visible fue el producido sobre el transporte automotor interurbano, al traducirse en una reforma regulatoria de amplia repercusión y discutibles resultados.

Lo que es menos claro es lo referido a la no desmonopolización de las empresas públicas, cuando se privatizan. La afirmación de Gerchunoff resulta demasiado genérica; no hay un sector de “empresas públicas privatizadas” (a pesar

de que no falta literatura que encara el tema bajo este título unificador), sino una variedad bastante grande de situaciones.

- Podemos anotar a favor de tal afirmación casos como el de la siderurgia – cuya principal planta fue privatizada en el período, pasando a manos del Grupo Techint –, amparada por aranceles anti-dumping; pero esto benefició también a otras empresas que no habían sido públicas (vgr. Acíndar).
- Pero no es cierto que se hayan “privatizado monopolios”, como se ha sostenido desde diversos ángulos, porque cuando los hubo, se trató de monopolios regulados. Este es el caso de transporte y distribución eléctricos y de gas; si las tarifas fijadas fueron altas, no fue por falla regulatoria sino por decisión política. Otro caso es el de las concesiones por peaje, aun cuando en este caso sí se reflejó en un incremento de costos para los usuarios, pues se impusieron cargos antes inexistentes.
- En otros casos, hubo claramente bajas que beneficiaron al sector productivo; éste es el caso de generación eléctrica, donde la caída del precio de la energía en el mercado mayorista alcanzó a las empresas y no a las familias.
- Por último, en el caso de combustibles líquidos, se liberalizó el mercado; no se privatizaron monopolios. Se trata por cierto de un caso donde puede esperarse colusión entre privados (de hecho, durante el kirchnerismo y después, los precios fueron “acordados”).

La crisis que derribó la Convertibilidad la protagonizó el gobierno De La Rúa (donde otra vez Gerchunoff tiene alguna actuación), surgido de la oposición, pero que no hizo sino adherir al programa heredado y a su inmanente ortodoxia. Una vez más, los partidos políticos hacían lo que había que hacer. Y, como sabemos, la crisis culminó un proceso recesivo inédito, que acumuló una caída del 18% entre 1998 y 2002, algo nunca visto en Argentina. Con un dejo irónico que no podemos sino compartir, Gerchunoff señala que los bancos de inversión internacionales pronosticaban un crecimiento del 5% para 1998 y 1999; para la Argentina, entiéndase bien.

Nada señala sin embargo Gerchunoff acerca del tipo de cambio que, lejos de cumplir la promesa de Guido Di Tella de Julio de 1989, fue “recontra-bajo”¹². El despegue de las exportaciones industriales es en parte el resultado de la reconversión automotriz, que cuadruplica el déficit externo por unidad vendida al

¹² Guido Di Tella había dicho en ese mes que el tipo de cambio que fijaría el próximo gobierno (del que él fue luego integrante) sería “recontra alto”, como recuerda el propio Gerchunoff en un reportaje (ver http://utdt.edu/ver_notas_prensa.php?id_notas_prensa=2674&id_item_menu=6).

mercado doméstico, con relación a la década anterior¹³. Las crecientes exportaciones del sector se ven compensadas por un incremento más que superlativo de las importaciones. Así y todo, no debe olvidarse que la industria automotriz usufructuó de un régimen particular, que la aisló de las intemperies que se abatieron sobre la mayor parte del sector industrial.

Una pregunta que cabe aquí es porqué este patrón económico fue políticamente tan exitoso, al punto que fue sostenido por ambos gobiernos, a la vez que permitió sucesivos triunfos electorales (y, agregamos, la reelección presidencial en 1995, vía reforma constitucional). Gerchunoff lo atribuye sin dudar al alto nivel de consumo que disfrutaba la sociedad toda. Pero ésta es una explicación poco convincente, sobre todo si se piensa en el elevado desempleo y subempleo que se instalaron, y que debería haber sido fuente de descontento; la exclusión se incorporó a la cultura social y política en ese período, donde hasta 1/3 de la población activa sufrió el desempleo o el subempleo en la mayor parte de los años. De hecho, hoy día menos de la mitad de las personas activas en edad jubilatoria pueden mostrar más de 30 años de aportes, y son por lo tanto beneficiarios de una pensión mínima.

Los gobiernos nacionales de ese período no fueron especialmente propensos a la represión política, más allá de que hubo episodios puntuales, en general responsabilidad de gestiones provinciales. Tampoco hubo limitaciones mayores a la actividad de la prensa. En consecuencia, los actos eleccionarios se desarrollaron en un marco razonablemente libre.

Notemos además que el gobierno de Carlos Menem transitó por episodios de corrupción explícita de gran impacto, y de entidad mucho mayor a lo que se vio después. Esto motivó, por ejemplo, una carta de puño y letra del embajador de Estados Unidos, que tuvo estado público, con quejas respecto de este tema, dirigida al presidente; y esto no impidió la reelección en 1995. Se supone que cierta clase media es (por lo menos a veces) muy sensible a este tema (como hemos visto posteriormente, y hasta el paroxismo, en el caso de Brasil).

Una razón, que creemos omitida por Gerchunoff, reside en los episodios hiperinflacionarios. Cualquiera que los haya vivido sabrá de la sensación de agobio, inseguridad y anomia que se generaron entonces, tanto por el descontrol de los precios como por los saqueos a comercios. De hecho, fueron estos factores los que abrieron definitivamente el cauce para el programa de reformas, programa que tuvo una amplitud y alcance mayores a los de cualquier otro programa similar en

¹³ Ver al respecto Müller (2015)

América Latina¹⁴. El temor a la hiperinflación y a los saqueos fue de hecho un argumento electoral que el oficialismo empleó en la crucial elección de 1991, cuando tuvo que revalidar en las urnas su torsión desde la “revolución productiva” al programa de reformas neoliberales.

Sin ser especialistas en esta temática, sospechamos que episodios como los de 1989-90 pueden constituirse en fantasmas amenazadores, que llevan al votante a optar por quien identifique como capacitado para enfrentarlos. El reiterado sonsonete que ponía al Estado como el culpable de la mala economía de los 80, y en consecuencia de la hiperinflación, jugó un rol complementario imprescindible. De no contar con estos elementos, no es posible entender el consenso que reunieron las reformas en los años '90, y tampoco su alcance.

Vayamos a hora a lo ocurrido luego del fin de la Convertibilidad. Pasada la crisis de 2001-2, y consumada la accidentada transición política que completa el mandato trunco de Fernando de la Rúa, se inicia el ciclo kirchnerista, que ahora sí pretende ser innovador. Gerchunoff señala acertadamente el problema central de Néstor Kirchner, que es superar la inicial debilidad con que asume la presidencia; pero indica además que tampoco el primer mandato de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011) tiene un comienzo muy auspicioso, en términos electorales. La política económica se alinearán centralmente tras el objetivo de sostener la gobernabilidad; y esto explica su contenido y aun su variabilidad a lo largo del tiempo.

Se destacan algunos cambios de contexto que permiten un replanteo, con relación al anterior modelo basado en las reformas. El agotamiento del “Fin de la Historia” preconizado por Francis Fukuyama; la caída de las tasas de interés luego del episodio de las Torres Gemelas; la considerable recuperación de precios de los *commodities*. Estos factores construyeron un escenario donde pudo avanzarse en una diferente senda de política económica.

Gerchunoff sostiene que el modelo adoptado no fue el del Estado social-demócrata, sino más bien un retorno a la política desarrollista previa a 1976, adjudicando a la industria el rol de creación de empleo, a través de la sustitución de importaciones. Y señala que existe aquí un dilema entre el tipo de cambio alto que demanda el desarrollismo *vis-a-vis* el tipo de cambio bajo que requiere un salario real alto. Este conflicto se zanja a través de las retenciones a las exportaciones agrarias. El boom del precio de las *commodities* perturba este proceso, por cuanto una respuesta que revalúe el tipo de cambio es conflictiva con

¹⁴ Lora (2012). Así lo señalan también Bertola y Ocampo (op. cit., cap. V), quienes señalan a Argentina, Bolivia y Perú como los países que más profundizaron el proceso de reformas liberalizadoras.

la protección al sector industrial. De allí la propuesta de retenciones móviles, que genera un inesperado y potente conflicto.

Lo cierto es que el precio de los *commodities* impacta en la inflación interna, ya impulsada por las recomposiciones salariales. Según Gerchunoff, esto desemboca en la subestimación de los índices inflacionarios, tanto a fines electorales como para evitar la indexación de los salarios. La quita resultante para los bonos denominados en pesos llevó a un *default* parcial, y al cierre de los mercados financieros, afectando así a la inversión. Así, el panorama se fue tornando crítico a partir de 2008, y se vio agravado por la crisis internacional. La respuesta fue netamente expansiva, amparada en el sucesivo boom de los *commodities* y en la re-estatización de los fondos de pensión, y se tradujo en la Asignación Universal por Hijo y los crecientes subsidios al transporte y a la energía.

Se llega así al 2011, cuando el frente externo se complica por el déficit en cuenta corriente, ocasionado tanto por los bajos precios internos de la energía y la consiguiente restricción en la producción, y también por el efecto de la apreciación cambiaria y el aumento de costos laborales. La administración del comercio y del acceso a las divisas será la respuesta de ahí en más.

El artículo de Gerchunoff es de 2013, por lo que no considera los dos últimos años del kirchnerismo; tampoco está anoticiado del resultado electoral de ese año. Nosotros no iremos más allá de este límite, en nuestros comentarios.

Coincidimos plenamente en el fuerte condicionamiento que implicó para el kirchnerismo la necesidad de remontar un escenario inicial de extrema debilidad. En cierto sentido, se hizo cargo del cuestionamiento generalizado a la política (y a los políticos), luego del derrumbe de la Convertibilidad. Haber remontado esta cuesta sin incurrir en el autoritarismo, en una época donde esa opción podría haber sido tentadora por la anomia y la fragmentación política imperantes, es un mérito importante. El kirchnerismo logró no solo su propia re-legitimación luego del magro 22% de los votos, logrado en 2003, sino también la de la actividad de la política (y de los políticos).

Esto no fue algo fácil o breve. Es destacable al respecto el señalamiento de Gerchunoff de que aun la victoria de 2007 del kirchnerismo distó de ser muy contundente; logró el porcentaje más bajo de votos sobre electores del período 1995-2011, excepto desde ya 2003, en el marco de la participación más baja en una elección presidencial, desde 1983.

Con este punto de partida, la extensa descripción que realiza Gerchunoff en este período no parece en general inapropiada; pero tenemos alguna disidencia puntual. Se afirma por ejemplo que las exportaciones crecieron gracias al nuevo

tipo de cambio, especialmente los nuevos bienes industriales, y además se sustituyeron importaciones. El análisis de las cifras no lleva sin embargo a tales conclusiones. No hubo un *boom* exportador asociable al tipo de cambio; se trató en parte de la maduración de proyectos anteriores (minería, vino). Tampoco hubo una acentuada sustitución de importaciones; así lo indican diversos análisis realizados. Para tomar un ejemplo remanido entre los economistas, el caso de la industria automotriz es significativo: la importación neta de vehículos y autopartes por vehículo vendido al mercado interno disminuyó muy moderadamente entre la década de 1990 y el período kirchnerista, y esto fue fruto más de presiones gubernamentales que del tipo de cambio. No asistimos a una mudanza masiva de autopartistas desde Brasil a la Argentina en los años 2000, a pesar de la profunda devaluación ocurrida en 2002.

Igualmente, no puede explicarse el déficit externo verificado a partir de 2011 por la apreciación cambiaria. El factor esencial es la reducción en la producción de hidrocarburos, por obra de la naturaleza, y el violento incremento en el precio del Gas Natural Licuado, por obra del desastre de Fukuyima, que convirtió a Japón en un voraz demandante de este combustible, con la consiguiente disparada de su precio. A veces, los agregados demasiado agregados nos llevan a conclusiones erróneas. De hecho, el saldo comercial excluyendo los hidrocarburos fue más favorable que en años anteriores.

Así como no hubo una reacción al tipo de cambio alto, tampoco parece haberla habido por la posterior apreciación. Sobre este importante punto volveremos más adelante.

Por último, se sostiene que los subsidios a los servicios fueron parte de la expansión electoralista del gasto público. La realidad fue un poco más compleja. El gobierno intentó más de una vez una recuperación tarifaria; pero el riesgo político se mostró muy alto, por obra de la prensa opositora, que no titubeaba en inculpar la supuesta “crisis energética” a las bajas tarifas, para luego hablar de “tarifazos” cuando se intentaba con su misma teoría resolver la crisis. El papel de la prensa en este período es un factor que no puede obviarse, y que se vio amplificado en los últimos años del kirchnerismo. Este factor es simplemente omitido en la caracterización de Gerchunoff. Pero así es el periodismo.

Dejamos para un recuadro el tema de la intervención del INDEC y la consiguiente pérdida de credibilidad en las estadísticas oficiales, cuyas consecuencias en el plano tanto del análisis económico como en la propia política reverberan aun hoy día.

LA INTERVENCIÓN DEL INDEC Y SUS POSIBLES RAZONES

Gerchunoff sostiene que la intervención del INDEC intentó quitar centralidad a la inflación en la agenda electoral; y aventura que también podría haber apuntado a evitar la indexación salarial. Un beneficio colateral habría sido así la reducción del costo de los servicios de la deuda denominada en pesos, que a la sazón constituía una parte relevante del total.

Es desde ya complejo determinar las razones por las que los gobiernos toman decisiones como éstas. Si el propósito era evitar la indexación salarial, no parece haber sido logrado, toda vez las negociaciones salariales no tomaron en cuenta los datos amañados (antes bien, se basaron en “la inflación de los supermercados”, al decir del gremialismo). Y el eventual retiro de la inflación como tema electoral se vio compensado por el escándalo mensual que significaba cada publicación del número índice de precios (más allá de las indudables consecuencias en el largo plazo, como vemos en estos días).

Como mínimo, fue una apuesta con riesgo. Incursionar en estas prácticas erosiona la credibilidad de un gobierno, algo fundamental cuando la decisión es no privilegiar la coerción estatal; y algo de esto tuvo que ver con la derrota electoral de 2009, la única que sufrió el kirchnerismo (en 2013 fue el primero en votos, y en 2015 perdió la presidencial solo en la segunda vuelta, y por poco margen). Un argumento que se adujo en su momento era el de reducir el peso de los pagos de la deuda externa (algo sostenido explícitamente por el entonces Jefe de Gabinete de Ministros, Alberto Fernández).

¿QUÉ PODEMOS CONCLUIR? INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS Y LA CUESTIÓN DEL DESARROLLO

Como dijimos, del trabajo de Gerchunoff podría esperarse un balance de las tres décadas de democracia; pero no hay tal balance. Esta afirmación no es una crítica; su autor no tiene obligación alguna al respecto. Pero seguramente el texto, y las reflexiones que suscita, pueden dar lugar a una mirada que apunte a extraer algún tipo de conclusión o enseñanza que nos deja este período. A esto vamos.

Empezando por un campo donde el autor actúa como mero *amateur*, ¿qué podemos decir del desempeño de las instituciones democráticas? Seguramente, estos 30 años no fueron plácidos. Se atravesaron situaciones muy difíciles, que pusieron a prueba la fortaleza de éstas y la capacidad y temple de los actores. Fue sin duda una democracia sometida a situaciones de *stress*: dos mayúsculas

disrupciones económicas; diversas asonadas militares; una rebelión sectorial con 300 cortes de ruta simultáneos; manifestaciones y cortes callejeros frecuentes, algunos incluso con alguna agresividad; un periodismo fuertemente crítico, donde la deseable y profesional separación entre noticia y opinión quedó borrada.

Fue así que un presidente declinó su mandato anticipadamente (Raúl Alfonsín); otro presidente entregó el mando a su sucesor antes de tiempo (Eduardo Duhalde); y un presidente permaneció en el poder durante una semana (Adolfo Rodríguez Súa).

Pero la verdad es que, por lo menos en el período analizado por Gerchunoff, la democracia como forma de gobierno se sostuvo razonablemente bien, tanto en el tema de los derechos civiles y políticos como en el funcionamiento institucional. Influyó sin duda la enorme catarsis que representaron los juicios por la represión estatal ejercida por la última dictadura, uno de los grandes logros del período (y de la historia argentina), y una más que justa contracara del accionar ejemplar de los organismos defensores de derechos humanos.

También aportó el progresivo recorte de atribuciones y capacidades del estamento militar, que le restó capacidad operativa. Si en los '70 era impensable que un miembro de las fuerza armadas tuviera un segundo trabajo para sobrevivir, esto ya no era así 20 años más tarde. Esto en sí no es algo para celebrar; es un señalamiento acerca de un factor que probablemente encogió las posibilidades de injerencia a instituciones que acostumbraban erigirse en una suerte de polo de poder, dentro del Estado. La supresión del servicio militar obligatorio fue otro paso decisivo, como así también el reconocimiento por parte de las jefaturas máximas que la ley debía cumplirse en acciones de represión. Otro factor que seguramente incidió en la retracción del estamento militar fue la derrota en la breve Guerra de Malvinas, donde se pusieron simultáneamente de manifiesto una clara impericia política y fallas operativas visibles, en particular en las fuerzas terrestres.

Todo esto, nótese bien, ocurrió durante el ciclo neoliberal; una invitación a evitar correlaciones “fáciles” entre autoritarismo y programas económicos. Por ahora – en esto nunca hay que decir “nunca” – la opción por un régimen militar no está en las posibilidades.

En segundo lugar, no hubo tropiezos y objeciones en los actos electorales en sí mismos. Ellos se desarrollaron casi siempre sin incidentes que pusieran en duda los resultados alcanzados. Ensombrece algo el hecho de que algunos mandatarios provinciales hubieran sido miembros de la dictadura militar; pero se trató de un fenómeno de alcance reducido. Un solo episodio – fuera en realidad del período de los 30 años – bordeó zonas oscuras: la anulación de la elección provincial en

Tucumán en 2015, algo sumamente grave, revocado luego por el tribunal superior provincial, e inconvenientemente olvidado.

La participación en las elecciones se mantuvo en niveles muy elevados; fue superior al 80% del total del padrón en 1983 y 1989; se situó en 76% a 79% en 2003, 2007 y en 2011, reflejando los efectos del rechazo a la política resultante del *crack* del 2001. Es destacable también la formación de una suerte de gobierno de coalición radical-peronista bajo la presidencia provisional de Eduardo Duhalde, entre 2002 y 2003, como forma de enfrentar una coyuntura extraordinariamente difícil.

No deben subestimarse estos logros. Estas tres décadas son el período más largo en la historia argentina de plena vigencia de derechos civiles e instituciones de gobierno democrático, sin proscripciones o fraudes; y esta continuidad no refleja una tradición de la Argentina. El único antecedente es el período que va de 1916 a 1930, 14 años para una Argentina que en 1945 cumplía 90 años de funcionamiento bajo una misma Constitución. Esto no impidió represiones sangrientas en 1919 (Semana Trágica) y 1921 (fusilamientos en la Patagonia), con costados claramente delictivos; nada similar a esto ha ocurrido en las tres décadas posteriores a 1983, más allá de episodios muy puntuales (y de la cuestión de los excesos de fuerzas policiales). Por otra parte, será en estas tres décadas cuando se producirán transiciones no forzadas entre gobiernos de diferente signo político, algo que en rigor solo había ocurrido en 1916.

La generalidad de los partidos políticos había acumulado prácticas alejadas de las reglas democráticas, desde el inicio de la Posguerra, desde propiciar golpes de estado y acciones directas a censurar o encarcelar opositores. Desde 1983, la tesitura fue bien otra: no puede argumentarse que los gobiernos radicales o peronistas no hayan sido respetuosos en estos menesteres (por más que no haya faltado quien tildó al ciclo kirchnerista como “dictadura”, algo disparatado); quizá la excepción mayor fue la represión ocurrida durante la caída del Presidente De La Rúa, por lejos el episodio más traumático desde el punto de vista institucional, en los 30 años.

Esto no impidió cierta desestructuración de los partidos políticos, incluyendo los dos tradicionales, cuya vigencia se pone en duda una y otra vez. Pero la cantera de nuevos actores políticos sigue en funciones, y muestra un respetable dinamismo, aun dentro de los dos partidos tradicionales. Un aspecto incluso llamativo – y atractivo frente a otros casos de Latinoamérica – es el relativo peso del ascendiente familiar; no hay dinastías, no son muchos los apellidos que se repiten en la política argentina, aunque sí es frecuente el caso de parejas y otras

formas de un nepotismo más bien atenuado. Los dos grandes partidos (si es que les cabe este nombre, a esta altura) no se regentean por oligarquías cerradas.

Lo que es visible es la pérdida de consistencia programática dentro de los partidos. Esto ha facilitado, por ejemplo, que bajo la invocación de la identidad peronista se hayan ejecutado dos programas económicos opuestos entre sí. Hay en el radicalismo algunos síntomas de esta dualidad, también; pero el vuelco hacia posiciones conservadoras es mucho más evidente en este caso. Esto, de todas maneras, va en desmedro de otras tradiciones ideológicas que este partido supo tener (con exponentes de fuste, como Amadeo Sabattini, Moisés Lebensohn, Crisólogo Larralde o Roque Carranza).

El futuro dirá – no arriesgamos pronósticos – si este aflojamiento intelectual persistirá, o si surgirán nuevos polos ideológicos. Pero en términos comparativos, si analizamos lo ocurrido con las corrientes conservadoras y social-demócratas en los gobiernos occidentales quizá el caso argentino no sea tan excepcional:

- Un gobierno republicano (la presidencia de Eisenhower) fue la que dio el paso inicial para encarar la cuestión racial en Estados Unidos.
- Un gobierno conservador en Francia (la presidencia de De Gaulle) estructuró un amplio estado empresario.
- Gestiones social-demócratas posteriores fueron más que amigables con los “mercados”; éste es el caso de las presidencias de Clinton y Hollande.

Pareciera que, como dijimos antes, los partidos políticos, aquí y en otros lados, hacen lo que hay que hacer, más allá de matices.

Hay además un fenómeno notable, que parece repetirse en muchos países, y es la paradójica coexistencia de una clase política intelectualmente pobre en un país que ha expandido considerablemente la cobertura de su sistema educativo; si en la década de 1950 sólo un 24% de la población concurría a la escuela secundaria, hoy día lo hace la casi totalidad de la población. La figura del intelectual volcado a la política (como fueron los casos de Bartolomé Mitre, Juan B. Justo o Arturo Frondizi) tiene mucha menos presencia hoy día, y esto contribuye a empobrecer los discursos y suponemos que las prácticas.

Yendo ahora al punto de los patrones socio-económicos que imperaron, ya hemos dicho que el ensayo que Gerchunoff denomina “social-demócrata” tuvo una existencia efímera. Podemos entonces referirnos a dos grandes ciclos.

El primero es el de las reformas neo-liberales, que se insinúan sin éxito mayor en el gobierno alfonsinista, y toman cuerpo definitivamente a partir de 1989. Se trató, como ya señalamos, del ensayo de reformas de mayor profundidad

en América Latina. Esto es visible incluso en el conjunto de normas e instituciones a que dio lugar, la mayoría de las cuales siguieron vigentes, aunque más no sea en la letra, con posterioridad. Éste es el caso de la Ley de Administración Financiera, la Ley de Inversión Pública, los marcos regulatorios referidos a energía y sistema jubilatorio, por ejemplo; incluso, esto ocurre con la propia Ley que crea el Régimen de Convertibilidad. Fue además, paradójicas de la vida, el programa más abarcador y congruente que el peronismo ha implementado en sus experiencias de gobierno.

La historia se ha encargado de mostrar el fracaso de este experimento. Que fue un fracaso lo atestigua, además del estruendoso derrumbe de la Convertibilidad, el hecho de que aun hoy día muy pocos abogan abiertamente por él, más allá de eventuales coincidencias en lo teórico (o lo ideológico).

La Convertibilidad, que debería ser esencialmente el ejemplo de lo que no hay que hacer, ha dejado además dos herencias pesadas.

La primera es la cristalización de una franja excluida de población. El ejemplo más visible es el de las “villas miseria”. Alguna vez consideradas como “transitorias”, y esto explicaba su precariedad, hoy día se consolidan como un espacio urbano, pétreo y segregado; lo mismo ocurre con diversos complejos de vivienda social. Esto es el reflejo de una cultura de la exclusión, que se acepta incluso como una identidad. De allí que se instituya oficialmente un día para celebrar la “identidad villera”¹⁵. Por más que el desempleo haya disminuido considerablemente en la última década, la segregación social – unida a la percepción de que las inserciones laborales son frágiles – se ha consolidado, constituyendo un núcleo duro que solo un trabajo largo y constante de regeneración podrá alguna vez redimir.

La segunda herencia es la percepción de que la sobrevaluación cambiaria y la desprotección industrial pueden volver, ya que pudieron durar una década (a diferencia de la efímera “tablita” de Martínez de Hoz). A nuestro juicio, es esto lo que explica que la gran devaluación de 2002 y el tipo de cambio “alto, competitivo y estable” que prevaleció en los primeros 5 años del ciclo kirchnerista no se haya traducido en algún avance en la sustitución de importaciones¹⁶. Si nuestra afirmación es verdadera, la Argentina habría perdido – por un tiempo considerable – la herramienta cambiaria como instrumento de política económica; esto,

¹⁵ Se trata del aniversario del nacimiento de Carlos Mugica, el más conocido cura villero de los años '70.

¹⁶ Una evidencia contundente es lo ocurrido con las importaciones de bienes de consumo. La “tablita” ocasionó un *boom* que se deshizo rápidamente a partir de 1981, permaneciendo en niveles bajos en el resto de la década. La Convertibilidad replicó este *boom* muy tempranamente (a partir de 1991); tras el derrumbe de 2002, estas importaciones se contrajeron fuertemente, pero ya en 2005 habían recuperado los niveles anteriores a la devaluación.

suponiendo además que una devaluación real fuera posible, algo que las experiencias con los ajustes cambiarios de 2014 y 2016 hoy día ponen en duda.

La Convertibilidad instaló el principio, durante un largo período, que no es necesario un proyecto. El ejemplo de esto es la conocida frase siguiente, según parece originada en funcionarios políticos mexicanos y difundida por toda América Latina: “la mejor política industrial es no tener política industrial”.

Es destacable el que este programa haya sido implementado en un contexto de libertades civiles y políticas, pese a los inmensos costos que representó. Paradójicamente, la dictadura militar, pese a que tuvo ante sí la posibilidad de avanzar en este sentido por la escasa resistencia que enfrentaba, no lo hizo. Una vez más, un llamado a evitar correlaciones fáciles entre economía y política.

El otro ciclo económico lo protagonizó el kirchnerismo. No se trató de un programa igualmente coherente; fue sí ganando cierto perfil con el paso de los años, a medida que se reconstituía la legitimidad de la actividad política, y que el Estado ganaba alguna autonomía de decisión, a la vez que se dificultaban o diluían acuerdos con sectores empresarios.

Algunos denominamos este ciclo “neo-desarrollista”, por su énfasis en la industrialización, el uso del tipo de cambio diferenciado y la jerarquización del mercado interno y del empleo¹⁷. Fue un ciclo donde abundaron las limitaciones.

Para empezar, la falta de claridad conceptual fue evidente en muchos puntos; señalamos aquí dos. Por un lado, la defensa de la industrialización se centró en el argumento de que ésta permite empleo de calidad, cuando los hechos muestran que hoy día el empleo industrial es una fracción menor (menos del 10%) del empleo total; y no se escuchó un discurso en el sentido de que la industria es un sector crucial para obtener ganancias de productividad y desarrollo tecnológico. Apostar al pleno empleo a partir de la industria es cuando menos un anacronismo, un argumento propio de los años 40-50 del siglo pasado.

Viene igualmente a cuento lo ocurrido durante el conflicto por las retenciones a las exportaciones agrícolas. La discusión fue planteada – con bastante tosquedad – como un tema de apropiación de rentas, cuando el instrumento tiene claramente sentido como forma de atenuar los efectos de la “enfermedad holandesa”, esto es, el impacto negativo sobre el desarrollo industrial que produce una fuente de renta primaria altamente rentable. Una revisión de lo ocurrido

¹⁷ Esta denominación es cuestionada, por cuanto es también adoptada por autores que – desde posiciones que reivindican un proceso industrializador – renuncian al intervencionismo de los programas desarrollistas clásicos. Un autor inscripto en esta línea, y que quizá aceptaría ser considerado como “neo-desarrollista” es el brasileño Luiz Carlos Bresser Pereira (Bresser Pereira, 20X10, cap. 3).

durante el “desarrollismo clásico” muestra un desempeño más que razonable – en el campo y en la industria – bajo un régimen de tipo de cambio diferenciado, como ya hemos mencionado. Nada de esto fue expresado a nivel oficial.

Esto último pone de manifiesto además una característica diríamos endémica del kirchnerismo, que es su renuencia – o mejor, renuncia – a explicar. Un buen ejemplo de esto es la supuesta “crisis energética” que se habría instalado en 2004, crisis que nunca existió como tal, porque no puede faltar gas natural en las redes en pleno febrero (que es el mes en que esta “crisis” estalló). Pero en momento alguno se escuchó una explicación gubernamental articulada y coherente acerca del episodio, que fue una mera pulseada entre oferentes y demandantes, una vez liberalizado el mercado del gas natural para usuarios no residenciales.

El ciclo kirchnerista no tuvo un aliento muy largo. La recuperación inicial fue inusitadamente rápida; pero se arribó claramente a un amesetamiento en 2011, cuando se revirtió el superávit energético. Los logros fueron además modestos en términos de diversificación productiva; como ya dijimos, ni siquiera hubo un claro proceso de sustitución de importaciones.

Esto no es exclusivo de la Argentina durante la “dorada” época de los 2000. El auge de las materias primas se tradujo en una visible re-primarización; el ejemplo más contundente es Brasil, que ha avanzado en el sacrificio de aparato industrial relativamente sofisticado. Sí se vio en Argentina alguna diversificación en los mercados externos.

En definitiva, el ensayo “neo-desarrollista” – opuesto si queremos en varios aspectos al ciclo de la Convertibilidad – pudo haber sido exitoso en la recuperación de la actividad y el empleo, y contó para esto con la ayuda de la espectacular evolución de los términos de intercambio. Incluso, por efecto quizá del default de 2001, hubo poco influjo de capitales financieros, lo que permitió contener la apreciación cambiaria y mostrar una menor re-primarización, con relación a algunos vecinos latinoamericanos. Pero no se plasmó en un patrón que prometiera sostenibilidad y crecimiento inclusivo.

La “cuestión del desarrollo” sigue entonces abierta en Argentina. Lo ocurrido en los 30 años de democracia solo nos enseña lo que no hay que hacer.

El ciclo económico más exitoso de la Posguerra, como ya mencionamos, se dio entre 1960 y 1976, en términos tanto de sostenibilidad externa como de diversificación productiva. No fue nada parecido a un “milagro”, pero una parte no menor de la dotación productiva actual de la Argentina reconoce su origen en ese período, o en el “desarrollismo residual” de la dictadura militar: desde la siderurgia hasta la petroquímica, desde la actividad nuclear hasta las grandes usinas

hidroeléctricas, desde la gasificación de la matriz energética hasta la producción de aluminio.

Las condiciones históricas que dieron lugar a este ciclo hoy no pueden reproducirse. Pero hay una moraleja que puede extraerse de esta experiencia, y es que *entonces había un proyecto, un programa al que atenerse*. Esta claridad de objetivos fue lo que tuvo la industrialización sustitutiva, promovida desde organismos internacionales, sobre todo la CEPAL.

Es ilustrativo al respecto un texto publicado por el Banco Mundial, entidad que seguramente no peca de radicalización. En Yusuf (2009) se nota que el desempeño en las décadas de 1960 y 1970 de las economías periféricas fue bastante más respetable de lo que se vio después, a pesar de que supuestamente nuestro conocimiento sobre la cuestión del desarrollo se expandió notablemente con posterioridad a esa “era dorada”¹⁸.

Yusuf se manifiesta bastante escéptico con relación a las capacidades gubernamentales de ese lejano período para planificar o incluso para diseñar políticas económicas. “Mucho de este crecimiento fue el resultado del *cathcing up*, de la misma forma con que los países europeos cerraron la brecha con los Estados Unidos (...). No importaba que los planes quinquenales fueran con frecuencia poco más que predecibles declaraciones de intenciones y que los responsables de las políticas tuvieran poca experiencia y carecieran de capacidades técnicas. *En la medida en que los objetivos gruesos fueran razonablemente claros, que el gobierno se encontrara mínimamente comprometido en su alcance, y que las medidas de política fueran coherentes (o inofensivas) para los estándares de entonces, las economías crecieron.*” (pág. 10, énfasis nuestro). Lo que Yusuf nos dice, sencillamente, es que hubo un proyecto y cierta coherencia en las políticas.

Este autor sostiene que luego ese patrón se agotó, por exceso de intervencionismo. No debatiremos aquí esta tesis (que peca de la típica generalidad de un analista procedente de un organismo multilateral); pero señalaremos que éste no parece haber sido el caso de la Argentina. Nuestro país abandona progresivamente un programa definible a partir de 1976, sobre la crítica de la industrialización de la posguerra, y deja que “el mercado” decida. La Convertibilidad eleva a la categoría de dogma este principio, y el resultado está a la vista: la Argentina dejó de crecer. Los ciclos expansivos no tuvieron bases virtuosas; ellos sí se agotaron.

¹⁸ Ocampo y Bertola (2013, cap. IV) desarrollan un análisis que llega a conclusiones similares.

Pero la Argentina no es una excepción en esto (como alguna vez se pensó)¹⁹. Algo similar le ocurrirá a Brasil a partir de la década de 1990. Fernando Henrique Cardoso se propone en 1994 acabar con la supuesta “era de Vargas”, y ejecuta reformas económicas liberalizadoras, no tan profundas como en Argentina, pero nunca revertidas por los posteriores gobiernos del Partido de los Trabajadores. Ellas encaminaron a la economía a un largo período de lento crecimiento del PIB, de poco más del 2% anual. Un programa duramente criticado por Antonio Delfim Netto, el otrora todopoderoso ministro de planificación del último gobierno militar de Brasil (1979-1984), precisamente por la ausencia de proyecto.

Y algo similar le ocurrirá a México, que a partir del acuerdo NAFTA de 1994 abandona todo intento de desarrollo autónomo, y crecerá a tasas similares a las de Brasil; muy menores a las verificadas en la etapa desarrollista “clásica”.

La modesta moraleja es que sin proyecto no hay proceso de desarrollo. Cuál es el proyecto y quién podrá articularlo en la Argentina, es una cuestión abierta. Los 30 años de democracia no han logrado identificar una respuesta.

REFERENCIAS

Alfonsín, R. – Memoria Política – Transición a la democracia y derechos humanos – Fondo de Cultura Económica – 2004

Basualdo, E. – Estudios de Historia económica argentina – Desde mediados del siglo XX a la actualidad – Editorial Siglo XXI – 2010

Bértola, L. y Ocampo, J. - El desarrollo económico de América Latina desde la Independencia - Fondo de Cultura Económica – 2013

Bresser Pereira, L. - Globalización y competencia: Apuntes para una macroeconomía estructuralista del desarrollo - Instituto Di Tella - Siglo XXI Editora Iberoamericana – 2010

De Pablo, J. C. - Profesionalidad y políticas públicas. A propósito de un artículo de Gerchunoff - Desarrollo Económico N° 213 - Septiembre-Diciembre 2014

Gerchunoff, P. - Treinta años de economía política en democracia. La crítica, la compasión y la empatía en el método de la historia - Desarrollo Económico n° 209-210 - 2013

¹⁹ Bertola y Ocampo (op. cit.) identifican un comportamiento análogo en diversos países de América Latina.

Gerchunoff, P. - Respuesta a Juan Carlos de Pablo - Desarrollo Económico N° 213 - Septiembre-Diciembre 2014

Llach, J. y Gerchunoff, P. - Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas: 1950-1972. - Desarrollo Económico n° 57 - 1975

Lora, E. - Structural Reforms in Latin America: What Has Been Reformed and How to Measure It - Interamerican Development Bank - 2012

Müller, A - "El agotamiento del crecimiento argentino en los años 70 - Análisis de una tesis" - XXV Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política - Bahía Blanca - Noviembre de 1990

Müller, A. - "'Desarrollismo residual' y política ferroviaria en el período militar 1976-1983 - Revista Realidad Económica N° 308 - Junio 2017

Müller, A. - "La Industria automotriz y el Sector Externo: Un Análisis" - Documento de Trabajo N° 46 - CESP A - Diciembre 2015

Müller, A. Desmantelamiento del Estado del Bienestar en la Argentina (con la colaboración de Martín Rapetti y Rocío Titiunik) - Cuadernos del CEPED N° 6 - Facultad de Ciencias Económicas (U.B.A.) - 2002

Yusuf, S. - Development Economics through the decades - The International Bank for Reconstruction and Development - 2009